



AÑO IV

← BARCELONA 14 DE DICIEMBRE DE 1885 →

NÚM. 207

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UNA LIMOSNA PARA EL ALMA DEL CONDESTABLE DON ÁLVARO DE LUNA, cuadro por Manuel Ramirez

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—¡FELICES PASCUAS! por don Benito Mas y Prat.—TRINIDAD (conclusion), por don José Campo-Arana.—LA EXPLOSION DE HELL-GATE.

GRABADOS: UNA LIMOSNA PARA EL ALMA DEL CONDESTABLE DON ALVARO DE LUNA, cuadro por Manuel Ramirez.—UNA CACERÍA EN EL SUR DE AFRICA.—UNA FARMACIA ESPAÑOLA Á ÚLTIMOS DEL SIGLO XVIII, cuadro por Emilio Casals.—ADOLFO MENZEL.—TERTULIA DE FUMADORES DE FEDERICO GUILLERMO I, dibujo de Adolfo Menzel.—FEDERICO EL GRANDE, dibujo de Adolfo Menzel.—LA EXPLOSION DE HELL-GATE (véase la página 400).—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: ¡CONDENADA! cuadro por F. Brütt.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

La muerte del Rey.—Impresiones tristes.—El duelo nacional.—En el Escorial.—La niebla.—Espectro de una gran ciudad.—La embajada marroquí.—Desprecio musulmán.

Imposible es escribir un ameno relato cuando en los aires palpitan las fúnebres ondulaciones armónicas de las campanas, y retiembla la atmósfera con el tronido de las descargas militares. El desfile de un escuadrón por las calles de Madrid pierde el animado aspecto de costumbre bajo los lazos de gasa que penden de las espadas de los soldados y ante el sonido plañidero de las cornetas, en cuya alma vibrátil se ha introducido un tapon para hacerlas sonar tristemente. La muchedumbre de carruajes que suben por la calle de Alcalá, llenos de próceres y magnates palatinos, no ofrece aquel regocijado aspecto propio de las recepciones del Palacio de Oriente; en los rostros cubiertos de barbas de los personajes, en algo fúnebre que constituye detalle de su traje, tal vez en el color de la escarapela del cocher, en la atmósfera que rodea el cuadro, se advierte que el día de hoy es día de duelo y de llanto: el Rey de España D. Alfonso XII de Borbon ha muerto á los veintiocho años, once despues de haber subido al trono.

Hoy es el entierro. En la estacion del Norte espera el fúnebre convoy. Los regimientos tienden sus filas de soldados por la carrera que ha de recorrer el entierro real, y todo Madrid acude á presenciar esta última ceremonia de la vida de D. Alfonso XII.

Cuando un rey muere, parece que con él muere algo del sistema de cosas que representaba; porque siendo esencialmente absorbente y personal tal poder, parece monopolizar con el respeto de los ciudadanos, la ventura de la patria. Dejemos pues á la gente política ocuparse hoy de los azares que comienzan, de las intranquilidades que conturban la conciencia pública; las esperanzas de los optimistas, y la desesperacion de los que todo lo ven negro; dejemos á los conspiradores prepararse en la sombra para no se sabe qué temerosas empresas; dejemos á la Bolsa que descienda como el termómetro al aproximarse el mes de enero. Sobre todas estas cosas, hay una que se impone al sentimiento de cuantos profesan el culto delicado de la desgracia.

En las gradas del trono, allí donde suele residir la fuerza y el poderío, hay una mujer jóven, bañada en llanto, vestida con el luto de la viudez, y teniendo en sus brazos dos pequeñas niñas. Una mujer viuda y dos ángeles huérfanos, representan hoy la monarquía española; y reinan sobre ella con un cetro más enérgico que el de los conquistadores y de los tiranos, con el cetro de la debilidad; y con una constitucion más firme y digna de obediencia que la que los legisladores consignan en sus tablas de mármol, la constitucion de la simpatía. Todos pueden acercarse; unos, llevados del espíritu de obediencia de los monárquicos; otros, tocados de la consideracion que inspira la desgracia. Puede decirse que España entera se ha reunido en un solo sentimiento, y ha depositado un gigantesco haz de siemprevivas sobre la alcatifa que cubre las gradas del trono.

En Paris y en Roma, en Bruselas y en Viena, se celebran funerales solemnes por el alma del malogrado Rey. Prepáranse en Madrid semejantes funciones religiosas. Los obispos encargan á sus párrocos que cubran de negro los altares, y que en todos los pueblos y aldeas de España se entonen los responsos que marcan los rituales para pedir al Rey de los cielos, piedad por el rey de los hombres. Pero hay una ceremonia sencilla, modesta, oscura, más conmovedora que todas estas en que se despliega el lujo aparatoso y vano de las solemnidades oficiales. Apénas amanece, en uno de los altares de la capilla real se encienden las velas, y un sacerdote, abrumado por las canas y los años, acude tembloroso á consumir la hostia sobre el ara. La Reina y las Infantas escuchan aquella misa; no la presencian otras personas, ni la oyen otros fieles que aquellas tres almas, dos de las cuales, las de las niñas, no se explican los tristes misterios que las envuelven.

* *

La muerte lleva consigo cierta cantidad de perdon. Tal personaje, combatido y odiado por sus enemigos, obtiene, en el momento mismo en que cierra sus ojos para siempre, una ovacion entusiasta y un respetuoso homenaje. La historia está llena de casos en que el cadáver del tirano, apénas ha caído bajo el puñal de los conspiradores, es conducido por aquellos mismos que fueron sus verdugos al túmulo solemne de los funerales nacionales; y en el rostro del asesino han solido mezclarse alguna vez las gotas de sangre de la víctima, y las lágrimas que le arrancaba la muerte de aquel á quien había matado.

No se trata aquí de un Monarca contra quien se hubie-

sen desatado nunca los odios populares; los Ministerios que han regido en su nombre, esos se han llevado la antipatía ó simpatía de sus actos; pero ha quedado siempre incólume la confianza que inspiraba el Rey, la simpatía que produce la juventud, y á esto se añade ahora la comiseracion que engendra la desgracia.

* *

Ya ha sido descrita por todo el mundo la solemne ceremonia de los funerales del Rey celebrada en el monasterio del Escorial. Conducido al panteon su cadáver, yace allí entre los huesos de sus mayores, y pronto ocupará uno de los vasos de mármol, labrado por los artistas sicilianos, y que son como piscinas purificadoras de los errores de los hombres, y como ofrenda de la humanidad eleva con sus manos temblorosas hasta el cielo, presentándole aquel puñado de cenizas, que fueron en otro tiempo símbolo y germen de la autoridad.

* *

También la naturaleza ha tenido su duelo. Del cielo han caído sobre Madrid las gasas de la niebla que se han enredado en las copas de los árboles y en las monteras de cristal de sus faroles, en las cornisas de los edificios y en derredor de los carruajes y transeúntes, como si quisiera darles un traje de luto, y envolver á la corte de España entre las tocas y paños propios del funeral.

La obligacion de cronistas no nos permite insistir mucho sobre las cosas. Hay que volar, y volar de prisa, y despues de dejar consignado el duelo de la nacion española, hemos de acudir á contemplar desde el balcon de nuestro gabinete el aspecto de la ciudad envuelta en la niebla.

Apénas descubro el movimiento humano de la calle; carruajes y viandantes se desvanecen en la niebla; oýese el ruido de la marcha, el girar de las ruedas sobre las piedras de las avenidas, el pito de los conductores de tranvía que se avisan de segundo en segundo para evitar un choque, como los *steamers* cuando navegan por el Tamesis. Las líneas y proporciones de la ciudad se desvanecen y se borran también; empieza uno á dudar de que vive en Madrid, y cree que las calles han ensanchado, que los monumentos situados aquí y allá, y que son como las etapas del que recorre Madrid, han sido arrancados de cuajo, trasportados por mágico conjuro Dios sabe dónde.

Algunos viejos dicen que en su tiempo Madrid no tenia nieblas, y que el clima de la corte de España va modificándose y adquiriendo todas las cosas malas de los climas peores; en agosto el calor del Cairo, en enero el frío de Moscou, en marzo los vendavales de Arlés, en octubre las lluvias de Galicia; por donde al cabo de algun tiempo y siguiendo en progresion ascendente estas indicaciones atmosféricas, Madrid será la poblacion donde toda incomodidad tenga su asiento. No falta tampoco quien atribuya el empeoramiento de las condiciones climatológicas de Madrid á la emigracion constante que se observa en su vecindario. Hace pocos dias, un periódico consignaba que habia 38,000 casas desalquiladas en Madrid. Las obras comenzadas se detienen; las empresas constructoras se arruinan; por las calles vagan pelotones de albañiles sin trabajo; las fábricas de materiales de construccion paralizan sus labores; la creacion de la ciudad nueva queda estancada. Durante ocho años, hemos creído que Madrid iba á duplicar su extension y el número de edificios. Creció primero hácia Chamberí, y allí construyó un pueblecillo de aspecto pobre y de duracion escasa; despues descendió por el barrio de Salamanca; luégo bordeó las tapias del Retiro, como si intentase convertirlo en el jardin central de Madrid. Hoy este movimiento de avance de la poblacion se ha suspendido, Dios sabe para cuánto tiempo.

* *

Varias empresas de teatros, entre ellas la del Circo de Price, han anunciado estas noches que la embajada marroquí asistirá á la representacion. No sé hasta qué punto sea correcto y diplomático convertir á nuestros buenos amigos los embajadores de Marruecos en espectáculo y vender entradas y butacas para que los vecinos de Madrid los contemplen, gozándose en el aspecto exótico de sus trajes orientales. Sin duda, á los marroquíes no les disgusta esta admiracion de Madrid, porque se prestan á ella. ¿Qué traen para acá nuestros ilustres antepasados? ¿Qué negociaciones ocultan en los misterios de su espíritu musulmán, impenetrable y ardiente como los arenales de su desierto? ¿Qué protocolo esconden entre los pliegues de sus alquibebes? La lucha entre la civilizacion europea y las costumbres moriscas es ya larga, y justo es consignar, dada la diferencia de medios de accion, que no llevan la peor parte los moros. Nosotros tenemos los cañones que Krupp funde, y los proyectiles que Armstrong condensa en sus gigantes cascos turquesas; ellos en cambio están defendidos por la naturaleza, por el sol ardiente que engendra emanaciones palúdicas, por los movibles arenales, por las inciertas y agitadas olas del Estrecho. La rapidez con que se vive en el siglo actual impide á muchos fijarse en una observacion de trascendencia. Vivimos pared por medio de los marroquíes. En sus costas hay colonias francesas, españolas, italianas, alemanas é inglesas; á ellas lleva, cada uno de estos pueblos colonizadores, su espíritu de innovacion, sus artes, sus inventos, sus vapores que cortan las olas rápidamente, los rails que atraviesan la Argelia en pocos momentos, y sin embargo, los moros no aceptan ninguno de estos inventos. El establecer un telé-

grafo desde la costa á Fez, seria cosa fácil para los moros y les costaria mucho ménos que á nosotros el establecimiento de cualquiera línea telegráfica ó telefónica, porque una órden del Sultan pondria en movimiento, sin retribucion ninguna, algunos miles de hombres, y en unos cuantos meses quedaria unida la residencia de Su Majestad Sheriffiana con los cables que atraviesan el Estrecho de Gibraltar. Pero no se les ha ocurrido todavía á nuestros vecinos convencerse de la utilidad de estos inventos.

El desprecio que les inspiran las artes del siglo XIX es tan grande, tan alto y tan indiscutible, que hace dudar de si, realmente nosotros, que tanto nos pavoneamos con nuestro Stephenson, y nuestro Edison, seremos unos bábiecas que se entretienen con un juguete, como un niño con alguna de esas invenciones tirolesas que aplican la electricidad y el vapor á los juguetes infantiles.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

UNA LIMOSNA PARA EL ALMA
del condestable don Álvaro de Luna,
CUADRO POR MANUEL RAMIREZ

Dormitó, más no murió, el arte pictórico español durante algunos años del presente siglo; mas apénas el Gobierno de la nacion, con buen acuerdo, resolvió poner en evidencia, por medio de exposiciones periódicas, los valiosos elementos que permanecian ocultos por falta de ocasion, despertó con singular aliento el genio de Pradilla y de Casado, de Haes y de Fierros, de Luna y de Ramirez, y de tantos otros talentos que, hoy por hoy, honran á la patria de Murillo y de Velazquez, de Zurbarán y de Rivera.

Del mentado Ramirez es el cuadro que en este número reproducimos; y en verdad que si produjo verdadera sensacion al ser por primera vez expuesto, condiciones sobradas tenia para causar este efecto en el público.

Su asunto es tan dramático como interesante. Ninguna persona medianamente instruida ignora en España la triste suerte que cupo al célebre valido de don Juan II, que despues de haber gobernado el reino á su antojo por espacio de treinta años, vino á ser decapitado en 1453, aparentemente por la muerte del tesorero de Castilla; realmente porque, en esta ocasion, como en muchas otras parecidas, la más pequeña intriga convierte el Capitolio en Roca Tarpeya.

El autor del lienzo ha interpretado el hecho con talento y sentimiento, á un tiempo. En lo alto del cadalso, visible á medias el cadáver del famoso condestable, tres religiosos, absorbidos por lo tremendo de la leccion, reciben una limosna para el alma del de Luna; y esta limosna la hacen aquellos pecheros que nunca en la prosperidad se aproximaron al temido condestable, y que, sin embargo, son los únicos que se compadecen de su destino futuro.

El cuadro de Ramirez tiene condiciones de primer órden: lo magno del asunto no arredró á su autor: tanto mejor para él y para el arte. Análogo, si bien no igual en su argumento, al famoso lienzo de los *Comuneros*, uno y otro son dos páginas, admirablemente ilustradas, de la historia patria.

UNA CACERÍA EN EL SUR DE AFRICA

De las veintidos especies de la familia de los antílopes, que habita en el sur de Africa, la del gamo es la más comun; y como por su costumbre de emigrar es muy destructora para los pastos, los indígenas dan caza á este animal, no sólo para recrearse, sino también por necesidad. Los cazadores van algunas veces á caballo, pero generalmente organizanse excursiones en carros, que duran dos ó tres dias, durante los cuales se matan centenares de gamos. Los indígenas que se dedican principalmente á esta caza, del todo salvajes, no se ocupan en otra cosa, pues no trabajan la tierra ni son siquiera pastores; y á falta de carne aliméntanse de bulbos y langostas. El número de estos indígenas, á los que se ha dado el nombre de *Bushmen* (hombres del bosque), disminuye muy rápidamente. Nuestro grabado representa una de sus cacerías.

UNA FARMACIA ESPAÑOLA

Á ÚLTIMOS DEL SIGLO XVIII

cuadro por Emilio Casals

Goya, el célebre Goya, el inimitable Goya, demostró en cuadros, en dibujos para tapices, en frescos y en apuntes, cuánto partido podia sacarse de las escenas de costumbres de aquella sociedad, entre cortesana y chispera, que asistió á las postrimerias del reinado de Carlos IV de España. La indicacion de Goya fué utilizada por el ilustre Fortuny: la *Vicaría* puso en moda los casacones.

Hay que reconocer, en medio de todo, que el género ha producido bastantes obras aceptables; y entre ellas bien podemos incluir la *Farmacia* de nuestro compatriota Casals. El lugar de la escena está bien entendido y demuestra que el autor conoce al dedillo lo que, por aquel entonces, constituia el ajuar de un boticario madrileño. Los personajes adolecen quizás de alguna frialdad: la figura del médico es en nuestra opinion, la mejor dibujada; las dos damas son bonitas, simplemente bonitas; el boticario toma un polvo por hacer que hace algo. A pesar de lo cual, la composicion es agradable, y como cuadro de costumbres se recomienda sin esfuerzo á los amantes del arte.

ADOLFO MENZEL

El 8 de este mes celebró una de las glorias del mundo artístico alemán, en la capital del nuevo imperio, su septuagésimo cumpleaños, recibiendo innumerables felicitaciones y regalos de la corte, de las corporaciones, de editores de obras ilustradas y de los artistas y círculos artísticos de toda Alemania.

Adolfo Menzel, el litógrafo, dibujante y pintor, no es de aquellos artistas alemanes que pintan testas de mujeres ni los múltiples adornos que sirven para esos cromos con que se adornan las cajas de dulces, las fajas de papel negro y reluciente de las piezas de lienzo y tantas cosas análogas como hoy están de moda. No; Menzel es un dibujante y pintor patriótico y realista que sin haber corrido jamás á escuela ni academia de dibujo ni de pintura, se ha labrado con su talento y asombrosa aplicacion y laboriosidad un renombre modesto que traspasa hoy los límites de su patria.

Menzel nació el 8 de diciembre de 1815 en Breslau, capital de Silesia, donde su padre era maestro de una escuela elemental de niñas, que dejó para establecerse como litógrafo; allí tuvo el niño que auxiliar á su padre en todas las manipulaciones mecánicas, y como luego mostrara mucha aplicacion y entusiasmo por el dibujo, le dedicó á dibujar sobre la piedra facturas con viñetas y otros trabajos comunes. En 1830 trasladó su padre su taller á Berlin, oponiéndose siempre á que su hijo se dedicara á la carrera puramente artística, porque entonces era en Alemania la palabra *artista* todavía sinónimo de *pobre*, ó algo como comediante de la legua; los pintores más acreditados se daban por satisfechos si podían pintar las habitaciones de los ciudadanos opulentos de su pueblo, y las grandes notabilidades, frescos en las iglesias ó palacios de Munich y de alguna otra localidad. A los diez y seis años quedó Menzel huérfano de padre, y hubo de trabajar para mantener á su madre y á dos hermanitos; entró en la clase de yeso en la academia de artes de Berlin, pero en breve dejó de asistir, porque no le gustó la enseñanza rutinaria que allí se daba, y así siguió su impulso natural de dibujar lo que veía. Para arbitrar recursos dibujó y publicó una serie de láminas litografiadas representando la mísera vida de artista, y tres años después otra colección de doce láminas con escenas de la historia de Brandeburgo. En 1837 expuso su primer cuadro al óleo: *Una consulta de abogado*, sin contar con otros muchos trabajos de litografía. Pero la obra principal, que le dió á conocer como artista, fueron las ilustraciones para la obra de Kugler: *Historia de Federico el Grande*, de la cual damos dos muestras en este número: el retrato de aquel rey, representándole en los últimos años de su vida, y la *Tertulia de fumadores* de su padre, en la cual figura niño todavía, demostrando la visible repugnancia que le inspiraban las bromas groseras, entonces en boga en los palacios alemanes.

Estas ilustraciones, grabadas sobre madera por Unzelmann y otros, marcan el renacimiento del arte del grabado en Alemania y son notables por la composición dramática y expresiva y la fidelidad histórica hasta en los menores detalles indumentarios.

En 1857 imprimió sólo treinta ejemplares de una colección de seiscientas láminas litografiadas y de colores titulada: *El ejército de Federico el Grande*, y que representa todos los uniformes del mismo, habiéndose vendido cada ejemplar á quinientos treinta talers (1987'50 pesetas). Era el fruto de quince años de estudio y de trabajo.

Estas dos obras, junto con otras inspiradas en el culto de aquel gran rey y el patriotismo prusiano, dieron á Menzel fama en toda la Alemania y le granjearon el patrocinio del rey Federico Guillermo IV y del actual emperador Guillermo I.

Nunca supo dibujar bien figuras de mujer, y sus demás obras, bastante numerosas, no llegan á la altura de éstas. Septuagenario y soltero, trabaja Menzel todavía como en la flor de su edad.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

¡CONDENADA! cuadro por Fernando Brütt

Nuestros favorecedores tendrán presente el cuadro de J. Weisen: *¡Absuelta!*... publicado en nuestro *Album artístico* (núm. 35 de esta ILUSTRACION). A ese cuadro puede dársele por compañero el *¡Condenada!*... del presente número.

En nuestro concepto, es indudable que la idea del uno de estos cuadros nació de la vista del otro, á ménos que sus respectivos autores se pusieran de acuerdo previamente para realizar simultáneamente los dos términos, los dos polos opuestos, de un enjuiciamiento criminal. Ambos cuadros están perfectamente sentidos; en uno y en otro la factura pertenece á un mismo género, en éste y en aquél una mujer es protagonista del asunto; y el efecto que su contemplacion causa, viene á ser uno mismo en entrambos, pues siempre es la ternura el sentimiento excitado por las dos telas.

¡Cuán interesante es el conjunto! ¡qué bien entendidas y agrupadas están las figuras! ¡con qué facilidad se lee en el semblante de cada una los sentimientos de que se halla poseída!... Allí están los magistrados severos, los testigos indiferentes, la familia consternada, y, sola, como una leprosa que contagia, como un objeto que mancha, la pobre sentenciada, oculto el semblante entre las manos, á través de las cuales parecen verse las lágrimas del dolor y los colores de la vergüenza.

¡Condenada! como *¡Absuelta!* son dos obras de verdadera fuerza: si nos dieran á escoger entre una y otra, dudáramos mucho tiempo y acabaríamos por quedarnos con entrambas.

¡FELICES PASCUAS!

Todos los años me dicen lo mismo.

Y lo peor del caso es que yo tengo gran empeño en convencerme de que he sido feliz no sólo durante las Pascuas, sino también el día de mi natalicio, y otros muchos del año en los cuales se me ha deseado yuplicado por besalmanos y tarjetas.

Engolfándome en ciertas filosofías he llegado á pensar seriamente en esto de la felicidad humana, notando con disgusto que no he visto la cara á esta señora más que en momentos indivisibles é inapreciables. En esto de la felicidad acontece lo propio que en la pesca de anguilas en charca; se siente el roce suave del pescado entre los dedos cuando ha desaparecido la anguila.

Este perpetuo escabullirse de la dicha hiere nuestra imaginacion y pica nuestro amor propio hasta el punto de hacernos buscar la anguila contrahecha ó falsificada. Recuerdo á un pescador de caña que solía comprar los sollos fritos, los días de mal corcho, con objeto de no volver á su casa con el zurrón húmedo y sin pesca: lo propio suelen hacer aquellos que quieren aparecer hombres felices. Compran una poca de felicidad muerta ó mal condimentada y la exhiben ante los demás como si estuviese vivita y coleando.

Si preguntáis á un naturalista qué clase de pájaro es la Felicidad, os contestará que *rara avis* ó la que jamás vió la pluma; si á un psicólogo, que un estado del ánimo tan rápido y pasajero, que ni aun siquiera es perceptible para el yo pensante; en fin, si hicierais la misma pregunta á un jugador y á un libertino os responderían á duo que es aquel punto en que se consigue el logro del apetito que nos ha de hastiar y el momento en que se cobra al rey ó al as, la puesta que se ha de perder al caballo ó á la sota.

Resulta de todo esto que la felicidad que parece mostrarse como el sol en el centro del horizonte, juega al escondite con la humanidad á la manera de niña traviesa que no se deja poner la mano encima. Las mariposas del trópico, cuyos colores tanto recrean los ojos, pueden ser imagen de la felicidad sobre la tierra; tienen el vuelo rápido y vertiginoso, son volubles é inquietas, y cuando se cogen dejan entre los dedos el polvo de sus alas.

La dificultad de ser felices, hace que éste sea nuestro principal deseo y, por la ley de las antinomias, pasamos la vida en perpetuo espejismo, mirando la dicha en casa del vecino y sintiendo el hastío ó la indiferencia en la nuestra: es cosa digna de reflexionar que de este modo la felicidad existe para todos y para ninguno.

Por una parte hay quien hace creer á los demás que es feliz, y envidia á los que le envidian; por otra quien se cree más desgraciado que los otros siendo en realidad más feliz de lo que cree serlo. Unos y otros se empeñan en hacernos creer que han cogido la anguila por las agallas y en ver su sombra en el estanque de enfrente.

Algunos, y son los más, ofrecen los relieves del imaginario festín, y enseñan como trofeo el áureo plato en que creyeron trinchar el pescado simbólico.

Sin estos antecedentes no podríamos comprender cómo se ha propagado la costumbre de las felicitaciones, que se hacen en todas las épocas del año, en todos los tonos, en todas las formas, en todas las lenguas y en todos los países. Deseada por todos la felicidad y dispuestos por ella á cualquier género de sacrificios, claro es que hemos de recibir agradablemente á sus heraldos y trompeteros, ya tomen la forma elástica de un cesante, ya la romboidea de un aguador, ya la atildada y aguda de un portero de ministerio.

Hay que convenir en que la primera tarjeta cortada á sable que se nos espeta en Pascuas, causa un efecto agradable. Los que, ocupados en las faenas absorbentes de la cosa pública, de la cosa literaria ó de la quisicosa social, ven pasar sus días como jabon por canuto, dándose apenas cuenta del tránsito de las horas, sienten una impresion grata cuando el leve roce de la tarjeta *pascual*, haciendo el oficio de las campanas del Fausto, les recuerda que aun existe ese mito de la Felicidad que tanto buscan y en cuyas aras han quemado el inútil incienso de sus años.

Esta primer tarjeta suele hacer verdaderos milagros, y pocos serán los que no hayan penetrado en lo recóndito de sus bolsillos, para corresponder dignamente á las primicias de la vida nueva. Las entradas de año son como las primeras puestas en los juegos de azar, se ganan y se pierden sonriendo: ¡han de darse tantas cartas ántes de que acabe la partida!

La ley física fundada en el hecho de que la continuidad del contacto amortigua la sensacion, se cumple en lo que á las felicitaciones se refiere de una manera inexorable. El *¡Pase V. felices Pascuas!* de la primera tarjeta, sin propinas, se recibe con la sonrisa en los labios; el *¡Que las tenga usted felices!* con pedimento, se lee con indiferencia; la cuarteta del repartidor de periódicos ó la vitela coronada con el billete volante, del cartero del distrito, se arrojan ya con ira al espoliario. Compréndese la dificultad de ser feliz, principalmente en la época de las felicitaciones, si se tiene en cuenta que, á más de los cumplidos del círculo de nuestras amistades, hay que sufrir los *sablazos* y peticiones de todos aquellos que os consideran con suficiente

talla para poder pasar por hombres de importancia, es decir, por hombre que da aguinaldos en Navidad ó en Pascua de Reyes.

Como si todos los gnomos y duendecillos de Darmstadt se hubiesen apoderado de vuestra campanilla en esos días clásicos, todo el mundo os pone estrecho cerco y os aborda victoriosamente. El portero, el acomodador, el mercurio público, el rapabarbas, el rapavelas, el lacayo y el camarero; cuantos os han servido ú explotado durante el año, preséntanse en ordenada fila á dejar su tierna memoria y turban el órden de vuestra morada con sus ruegos y cantilenas. Las musas, que en estos días pierden su acomodaticia virginidad, y se dan ora al aguador del tercero, ora al remendon del bajo, ora al murguista de la esquina, hilan la tela de Pascuas y ponen en manos de sus amantes de ocasion, cuantos desatinos pudo inventar diarrea métrica de nuestro tiempo.

Un funcionario público, el sereno, éntrase zaguán adentro regalándoos su *vera effigies* en papel de color y letras áureas. Hé aquí una muestra de sus inspiraciones:

Ronco brama el huracan,
Ronco brama el aguilon,
El agua rompe en turbion,
Las tejas volando van;
Y, entre tanto, Sebastian,
Vuestro humilde servidor,
Encendido su farol
Y de valentía lleno
Canta las cuatro y sereno
Y acompaña á su señor.

El *delirium tremens* de las felicitaciones, da ocasion á escenas verdaderamente cómicas ó intensamente dramáticas. Cuéntase de un aguador asturiano, felicitador impenitente, que, mezclándose entre el cortejo de un entierro, entró á presentar al mismo dueño de la casa, que acababa de perder á su esposa, la consabida papeleta de Pascuas. Reconvenido duramente y en el acto por tamaño falta de *sindéresis*, contestó, dando un soberbio berrido:

—¡Pus hombre, estamos frescos! ¿pur qué non esperó la señora á murirse por enero?

La mayor parte de los que os desean esas felices Pascuas, tienen algo del aguador citado. Las intimidades del hogar, que, como el cielo, tiene sus horas de esplendente luz y de pasajeras tormentas; los estados parciales del ánimo producidos por las borrascas económicas que se suceden en los abismos de la caja ó del bolsillo; los rigores de la ausencia y del desamor, que son en ciertas mansiones estado patológico perpetuo, no importan un ardite á esa multitud, ávida de halagaros por fórmula ó por codicia; y las tarjetas, besalmanos y billetes perfumados, cuyos insensibles átomos no pueden darse cuenta de la oportunidad de su llegada al punto á que van dirigidos, penetran sin consideracion ninguna hasta nosotros, turbando, ya el diálogo íntimo de familia, ya el cálculo financiero en el que habiais agotado la suma y la resta; ya, en fin, las lágrimas que os arranca la esposa moribunda ó el hijo enfermo.

Por casualidad puedo referir uno de estos atentados al dolor ajeno, cuyas circunstancias causaron profunda impresion en mi ánimo.

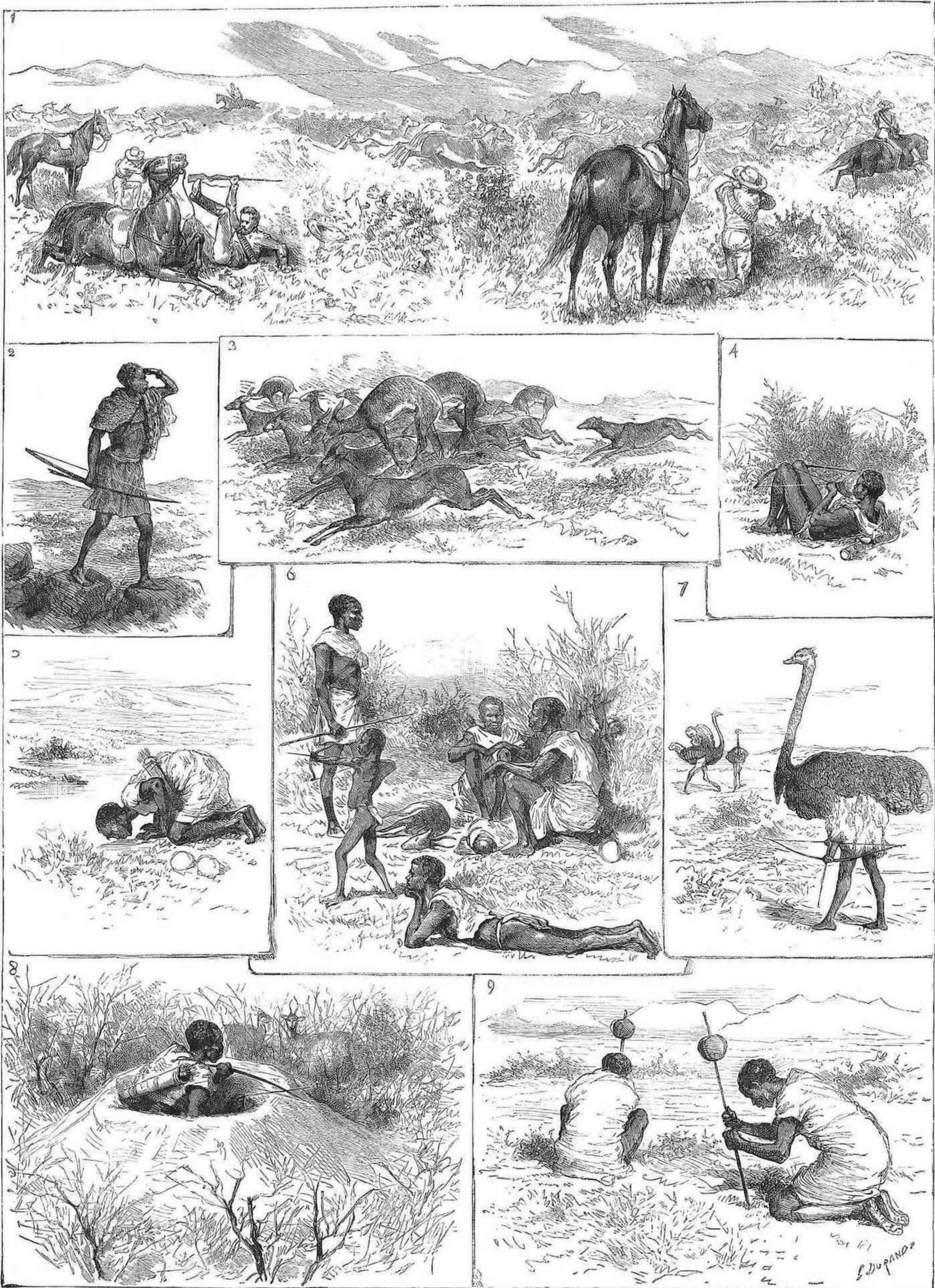
En la Navidad de 1873 frecuentaba yo el estudio de cierto amigo pintor de Historia que habitaba en una de esas inmensas casas solariegas de Andalucía, que abandonadas por sus señores y pasadas á manos de burgueses utilitarios se han convertido en lo que por allí han dado en llamar corrales.

Dichos corrales ó casas de vecindad, albergan en su seno un sin número de familias pobres, viéndose los inmensos salones convertidos en celdillas, los corredores en pasadizos y tendedores de ropa, y las chimeneas blasonadas en depósitos de cok ó en ventilados alcarraceros.

Mi amigo, como acontece frecuentemente á muchos genios ignorados, suele habitar junto á las nubes, y al atravesar yo el gran patio adornado de decrépitas columnatas, y comenzar á ascender por la antigua escalera adornada á trechos por rotos azulejos, me detuve en el primer descanso, no tan sólo para tomar aliento, sino para darme cuenta del alegre barullo que sorprendí en un pabellon bajo, separado del resto de las viviendas del solar por una pequeña calle de boj y que desde la gran meseta se percibía.

Como pude saber muy pronto volviendo sobre mis pasos y dirigiéndome al pabellon citado, varios vecinos del corral habian ido á visitar al inquilino de aquel departamento, hombre fino y cortés á pesar de vivir en relativas estrecheces, que gustaba de que le diesen las Pascuas la vecindad y las murgas callejeras. Al llegar al vestíbulo, los visitantes se habian detenido en torno de las ventanas del pabellon muertos de risa. Un buhoneró gordo y una modistilla flaca y de avisado ojo, hacian un duo ruidoso y llevaban la nota dominante en aquel concierto de carcajadas contenidas sólo por el miedo de provocar las iras de don Macario, que así se llamaba el vecino del pabellon tan amigo de las felicitaciones.

Y en verdad que la cosa no era para ménos. Figúrense mis lectores un salon modesto y espacioso—segun pude ver por las junturas de las persianas—el cual medía á grandes pasos un señor grave y serio, con la estatura de un hércules y la calva de un sabio, envuelto en un largo leviton de tela cenicienta y paseando de ridículo modo una gran muñeca de trapo, á la que mecía y columpiaba en sus brazos como un consumado niñoero. La risa es contagiosa como el dolor y yo solté la carcajada como aquellas buenas gentes. ¡Es tan ridículo ver á un hombre for-



UNA CACERÍA EN EL SUR DE ÁFRICA

1. En el campo.—2. Indígena explorando.—3. Manera de saltar de los gamos, cuando van perseguidos por los perros.—4. Método de los indígenas para usar el arco y la flecha contra las piezas mayores.—5. Después de tres días de caza.—6. Un campamento de indígenas.—7. Indígenas disfrazados de avestruces.—8. Hoyo de acecho, practicado donde se reúnen los gamos.—9. Indígenas cavando la tierra para extraer bulbos.



¡CONDENADA! CUADRO POR FERNANDO BRÜTT



UNA FARMACIA ESPAÑOLA Á ÚLTIMOS DEL SIGLO XVIII, cuadro por Emilio Casals

mal pasando el tiempo en tales niñerías!

La coyuntura, dado el buen humor que parecía tener el vecino del pabellon principal, era la más propicia para hacer la felicitacion de costumbre. Don Macario solía pagarlas con algunas copitas de anís y varias golosinas de su tierra, entre las que figuraban ciertos excelentes mantecados de las Descalzas. Empujaron, pues, suavemente la puerta para no turbar de modo brusco tan cómicos entretenimientos, y *velis nolis*, le espetaron el *¡felices pascuas!* de ordenanza.

Por esta vez el anís y los mantecados estaban verdes como las uvas del cuento. Don Macario, al oír aquellas felicitaciones á boca de jarro, tomó venganza de las risas ocultas que le habia prodigado el concurso soltando á su vez una retumbante carcajada. Despues dió dos zapateadas en el aire, giró sobre sus talones como una peonza, apretó contra su pecho por tres ó cuatro veces consecutivas su muñeca de trapo, y sin parar mientes en las risas de algunos de los visitantes, abrió de par en par las puertas de la alcoba de enfrente señalando á los vecinos atónitos un cuadro á la vez sùnebre y tierno.

Colocado sobre una mesita de pino, entre dos candelabros de metal blanco, se veía el cadáver de una hermosa niña rubia como un ángel y en cuyo semblante la muerte habia grabado apénas su repugnante huella. Al lado del cadáver y colocada de modo que podia mecer la cuna vacía, cuyas maderas producian un ruido seco al chocar sobre el pavimento, veíase á una mujer, aun en esa edad en que no han huido las gracias, pero cuyo semblante expresa todo un gólgota de insomnios y de dolores. La luz de las velas y la de la mañana, formando una especie de nimbo de amarillo y azul, envolvía aquel tristísimo grupo y le hacian destacarse allá en el fondo como una aparicion provocada por la linterna mágica. La cubierta de un pequeño féretro adornado de cintas color de rosa y sobre el cual se veian varios juguetes, completaban esta dolorosa perspectiva.

Por algo ha querido la naturaleza que se confundan á veces las risas y las lágrimas. La tosca inteligencia de aquellas gentes avivándose á la primera ojeada, abarcó lo



ADOLFO MENZEL, célebre dibujante alemán
copia de una fotografía de los señores Ricardo Surdner de Berlin

que allí acontecia y se explicó perfectamente el que don Macario meciera y acariciara muñecas de trapo. La importuna risa del vecindario huyó al punto con sus cosquilleos y sus gárrulas propensiones y el llanto subió á los ojos en abundante raudal inundando los rostros de cuantos en el pabellon se encontraban.

Pocas veces he presenciado más ruda transicion ni más rápido cambio de perspectivas. La figura severa y fantástica de don Macario paseando la muñeca de su hija muerta, que pudo momentos ántes hacerme reír, preséntase aún á mi imaginacion á la manera de esos personajes creados por Shakespeare y cuya sola presencia en la escena, infunde espanto y terror supersticioso. Yo retrocedí espantado y me escabullí entre los vecinos más tímidos, en tanto que muchos otros le rodeaban llorando.

Segun supe despues, ya nadie acertó á pensar en el anís ni en los mantecados de don Macario; siendo fama que, mientras habitó en aquel pabellon, jamás volvieron á desearle FELICES PASCUAS.

BENITO MAS Y PRAT

TRINIDAD

(Conclusion)

—¿Quién es ese á quien ha saludado usted?

—¿Ese? El vizconde de... Un hombre encantador por todos conceptos, que aún no ha encontrado su media naranja; el *rara avis* de la humanidad. ¿Quiere V. que le presente?

—¡Me hace V. tales elogios!...

—¡Pepe! ¡Pepe! Ven.

La presentacion fué hecha.

Seis meses despues la boda se realizaba.

La dicha del vizconde era completa. Aquella pasion, fácil en un principio, habia crecido con los mil encantos de la vida íntima. Su esposa no era una mujer vulgar. Dueño de su hermosura, sabia sujetarla á todos los caprichos de una imaginacion arrebatada, y su rostro tenia todas las expresiones de la pasion, desde el abandono hasta el ardiente entusiasmo. Realizaba la poesia del amor. Educada como una princesa, ninguno de los prosaicos de la vida comun quitaba el encanto que á su amado concedía. Sabia hacer desear su presencia y temer su despedida. Nada de lo que caracteriza una pasion vulgar empañaba el idilio del primer amor de una mujer



TERTULIA DE FUMADORES DE FEDERICO GUILLERMO I, dibujo original de Adolfo Menzel

vehemente. Era una union íntima y eterna que sólo la muerte podía romper.

Pero por ser así, aquella mujer, entregada ciegamente á su pasión, sentía con más fuerza el desaliento de la duda y la intranquilidad de los celos. Creía que el vizconde no podía amarla como ella le amaba; temía el momento del cansancio, y le horrorizaba la idea de verse engañada.

Sin embargo, como su pasión era grande y sincera, no quiso mentir, y pocos días después de su encuentro le dijo:

—Mira: si no me amas de veras, separémonos. Si yo no soy en tu vida más que un capricho, si yo no he de ser la mujer á quien ames hoy y siempre, dímelo. Yo te agradeceré esos días de ventura, guardaré tu recuerdo en mi corazón y pensaré en tí toda la vida con gratitud. Pero si me amas, si me lo dices otra vez, no te pido más que una cosa: acuérdate de que amo y que soy celosa.

El vizconde calmó su temor y siguió amándola, y se casó; pero desde aquel día, cuantos medios tiene á su disposición una mujer para espiar las acciones y los pensamientos, fueron puestos en práctica por la celosa enamorada.

Con justa causa se acusaba de ello. Su desconfianza era una locura, uno de esos defectos que convierten á la mujer más hermosa de la tierra en la criatura más espantosa y desgraciada, secando su alma, alterando su razón, agostando su hermosura con el calor abrasador de las lágrimas.

Al mes de casado, el vizconde había desaparecido de entre sus amigos encadenado por aquéllos celos insensatos.

Poco tiempo después lo encontré. Estaba horriblemente cambiado.

Le detuve.

—¡Ah! ¿Eres tú?—me preguntó, esforzándose en vano por sonreír y mirando con desconfianza al rededor.

—Yo mismo. ¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Y tu familia?

—Bien. En San Sebastian.

—¿No sales este verano?

—Sí... No...

Sacó el reloj y me dijo con una intranquilidad extraña: —¡Las siete y cinco!... Dispensa... Me esperan á las siete...

Y me dejó, siguiendo su camino casi á la carrera y á riesgo de ser atropellado por un coche.

Supe por un amigo que se había casado. Él ni siquiera se detuvo á decírmelo.

Pasó tiempo, y una mañana le ví entrar en mi cuarto, pálido, con los ojos extraviados y el traje lleno de polvo.

—Vengo á pedirte un servicio,—me dijo;—mañana me bato y quiero que tú seas uno de mis padrinos.

Se dejó caer en una silla, y escondiendo la cabeza entre las manos, rompió á llorar. Me admiré. Yo sabía que era un hombre de corazón, y su llanto me alarmó. Iba á interrogarle, cuando, levantándose de pronto, exclamó:

—¡No puedo más! ¡No puedo vivir así! Aconsejame, sálvame. Esa mujer me mata. ¿Quieres saber la vida que llevo desde que me casé? Escucha:

«Por la mañana, aun antes de despertar, siento su mirada fija en mí, ardiente, implacable. Inútil es decir que se ha levantado con la aurora, que ha registrado mis cajones, y ¡desgraciado de mí si halla una carta, una tarjeta, un prospecto! Viéndola intranquila le pregunto:

—¿Qué tienes?

—Nada,—me contesta.

Tiene un modo de contestar ese *nada* que me irrita. No le contesto. Mi silencio la enfurece, y con una sonrisa incisiva me responde:

—Después de todo, es natural. ¿Qué hombre no se cansa al fin y al cabo de su mujer? Ya ví anoche, en el teatro,—porque no soy ciega,—cómo te entusiasmaba aquella rubia. Mal gusto tienes.

—¡Una rubia! ¡A mí!

—No finjas admirarte. Tres veces la miraste con los gemelos... En cambio, apenas si me dirigiste la palabra... Y no eran por mí los suspiros que has dado toda la noche.

—¡Pero mujer, por Dios!

—Déjame: soy muy desgraciada.

Y llora y solloza... Yo la acaricio, la hago las más fervientes protestas... y al cabo de una hora de lucha, consigo apaciguarla. Entónces varía la escena.

—Perdóname, amor mio,—me dice.—Sí, sé que me engaño. ¿Verdad? júramelo.

—Te lo juro.

—¡Ah! quisiera que fueras viejo; quisiera verte lleno de canas y arrugas... Mira: no me engañes. No me engañes, porque me mataría... Pero antes escribiría una carta al juez acusándote de mi muerte.

Llega la hora de ir al ministerio y tomo el sombrero.

—¿Dónde vas?

—Al ministerio.

—Sí, al ministerio. Es natural. ¡Te esperarán tantas señoras que necesitan de tu influencia!...

Sospecha de mis acciones más insignificantes y las escenas de celos se repiten á todas horas. Ya es que mi pañuelo tiene un olor nuevo, ya es que estoy pálido ó triste ó alegre ó desesperado. Es una guerra sorda y continua; sigue mis pasos, espía á mis amigos, y los días empiezan como

acaban, y la vida es un inferno para mí.»

—Pero ¿no has tenido resolución para separarte de ella?—le pregunté.

—Sí, una vez. Hemos estado separados tres días. El primero me creía capaz de no volverla á ver. Si hubiera intentado verme la hubiera despedido. El segundo mi amor propio se sentía herido por su ausencia... Al tercero me eché en sus brazos al verla entrar exclamando: ¡Toma hasta mi última gota de sangre, pero no me abandones!

—Me has dicho que te bates mañana. ¿Por qué?

—¡Ella, siempre ella! Figúrate que anoche estábamos comiendo en los jardines; ¡allí la conocí! Un matrimonio joven vino á ocupar la mesa inmediata; no sé siquiera si la mujer era bonita ó fea, morena ó rubia. De pronto veo que mi mujer palidece, y, haciendo pedazos el plato que tenía delante, exclama en voz alta:— Cuando quieras puedes dejar de hacerte señas con esa señora.—Calcula el escándalo. La señora se desmaya y el marido, furioso, me da su tarjeta; dos amigos arreglan el lance, y yo tengo que acompañar á la causante, que me obliga á una nueva escena de reconciliación, arrepentida de su arrebató.

—¿Y quién es su marido?

—Mira,—respondió, dándome una tarjeta.

—Si esto no se arregla, eres hombre muerto,—le dije imprudentemente al ver el nombre del ofendido.

—¡Dios te oiga!—contestó mi amigo.—Así me verá libre de esta carga insoportable que mi estúpida pasión me impide arrojar de encima.

* *

A la mañana siguiente se efectuó el duelo. Al caer en tierra el vizconde, herido en el pecho, me dijo:

—Déjame. Esta herida me hace bien.

Preguntó la hora y al saberla exclamó:

—Hoy sí que me he retrasado. Será la primera vez que entraré en mi casa sin temor á un disgusto.

El dolor de la esposa fué profundo y rodeó de dulcísimos cuidados al herido, bañándole el rostro con sus lágrimas, acariciándole la cabeza con sus manos y sellando mil veces los labios de su esposo con los suyos.

El médico había pronunciado un pronóstico grave. La esposa, arrepentida, velaba conmigo el delirio del enfermo que, en sus agitadas fantasías, pronunció un nombre.

—¡Trinidad!

La mujer se apartó violentamente de su esposo exclamando:

—¡Trinidad! ¡Trinidad! ¡Me engañaba!

No pude contener la risa. El *quid pro quo* era delicioso. —Señora,—la dije,—no se altere V. Trinidad es el nombre de su ayuda de cámara.

Volvió en sí confusa y avergonzada, comprendiendo el ridículo en que se había puesto, y rompió á llorar. Yo aproveché la ocasión para improvisar una filípica serijocosa sobre su pasión tiránica y procurar salvar á mi amigo de sus persecuciones, si Dios le libraba de la muerte. En buena hora hice la súplica, pues la situación del herido fué mejorando y dos meses después el vizconde estaba en plena salud. En una de las largas sesiones que pasé á la cabecera de su cama, le dije:

—Creo haber hecho tu felicidad hallando el remedio para curar á tu mujer de sus celos.

—¿Cómo?

—Cuando la veas celosa, no digas más que ¡Trinidad! Ni una palabra más. Prueba unas veces y si te resulta te lo explicaré.

Poco después, hallé á mi amigo, gordo, feliz, sin nece-



A. CLOSSE. STUTTGART.

FEDERICO EL GRANDE, celebrado dibujo de Adolfo Menzel

sidad de mirar al reloj. Abrazóme con entusiasmo diciéndome:

—¿De dónde has sacado lo de Trinidad? ¿Tienes trato con las brujas?

Conté la historia, volvió á abrazarme y se despidió diciendo:

—Conservaré toda mi vida á Trinidad; si tengo un hijo, le pondré ese nombre; voy á comprar un perro que se llame así, y á tí... á tí no te llamaré más que Trinidad.

JOSE CAMPO-ARANA

LA EXPLOSION DE HELL-GATE

Hell-gate (puerta del infierno), es un estrecho canal donde las rocas, casi á flor de agua, forman terribles escollos, y en el momento del reflujo, peligrosos torbellinos que dificultaban la navegacion.

Ya en 1876 se habia hecho ménos difícil este paso, volando la punta de Hallet, con lo cual se despejó la entrada del East River ó rio Este (fig. 2). La explosion del 10 de octubre último completó la obra, haciendo desaparecer Flood Rock (Roca de Flood). Daremos algunas noticias generales sobre este trabajo gigantesco, completándolas con algunos grabados tomados del *Americano Científico*, que representan las fases principales de tan grandiosa empresa.

Hell-Gate y sus alrededores á vista de pájaro (fig. 2)

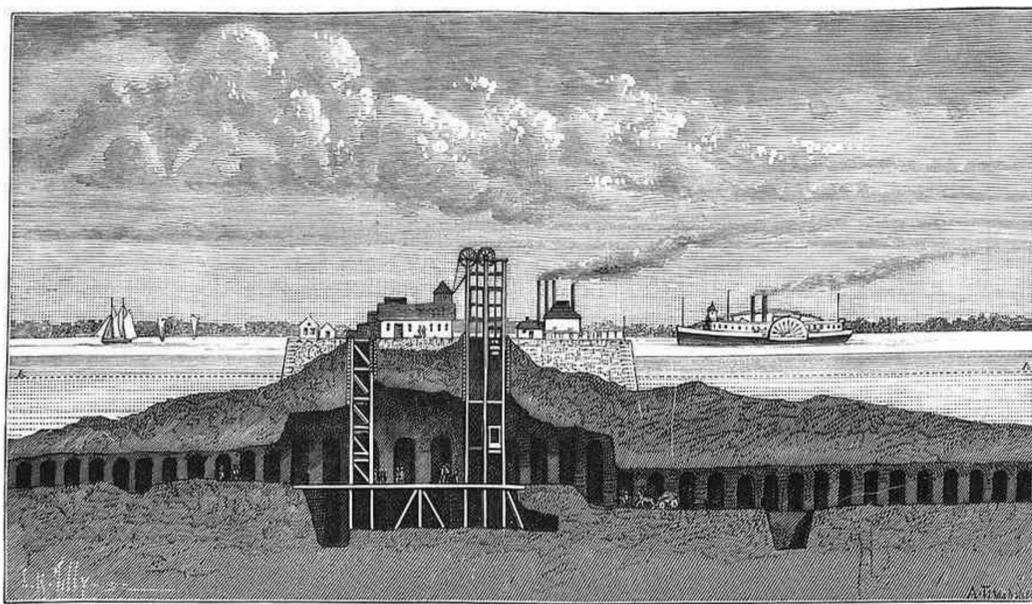


Fig. 1. La galería subterránea de la Roca Flood, abierta para preparar la explosion. —AA. Línea de nivel de las aguas bajas

indican claramente, si se fija la atencion en la línea de puntos que rodea á Flood Rock, la magnitud del obstáculo que se oponia á la navegacion. Las rocas estaban debajo del agua, pero á una profundidad insuficiente para dejar un paso libre á los buques; la corriente alcanzaba hasta 8'5 millas (14 kilómetros) por hora; los remolinos hacian muy peligrosa la navegacion, y el buque no salia de un paso difícil sino para entrar en otro. Prescindiendo de las pequeñas voladuras parciales de una serie

diámetro, y de una longitud media de 2'7 metros. Estos barrenos se llenaron de *rack-a-rock* y de dinamita; retiráronse despues todos los andamiajes y máquinas, y procedióse á una última inspeccion con el mayor cuidado para evitar todo error en una explosion que puede considerarse como una de las más importantes producidas hasta el dia.

La figura 4 representa los cartuchos y los explosores. El cartucho de dinamita (fig. 4 n.º 1) mide 38 centímetros

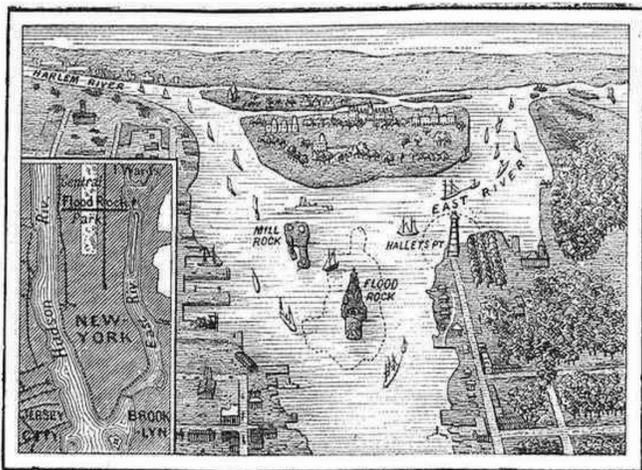


Fig. 2.—El paso del rio Este, denominado Puerta del Infierno, a vista de pájaro. —La línea de puntos al rededor de la Punta de Hallet indica la region de los escollos que se hizo volar en 1876. —Los puntos que rodean la Roca Flood señalan la region despejada por la explosion de 1885. —A la izquierda se ve el conjunto de Nueva York, mostrando la posicion geográfica de la Roca Flood.

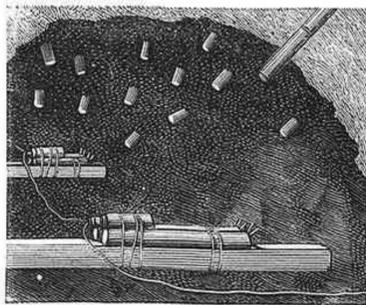


Fig. 3.—Los cohetes y los cebos.

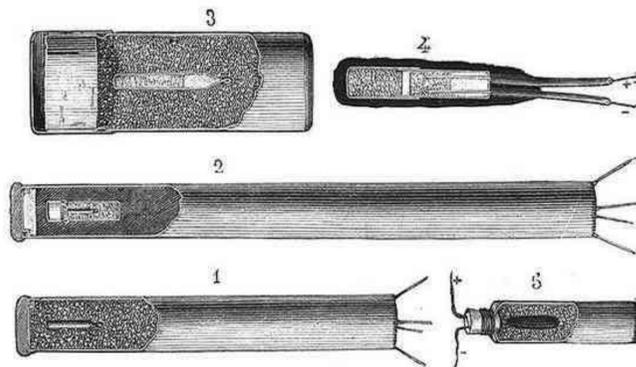


Fig. 4.—Los cartuchos y los explosores. —1 Cartucho de dinamita. —2 Cartucho de *rack-a-rock* (quebranta rocas). —3 Explosores del cartucho de *rack-a-rock*. —4 Cebos eléctricos cubiertos de gutapercha. —5 Explosor de mina lleno de dinamita y conteniendo el cebo eléctrico inflamatorio.

de longitud por 56 milímetros de diámetro; es el último cartucho colocado en cada barreno, y está dispuesto de tal manera que su extremidad sobresale de la cara exterior de la roca unos 15 centímetros. En la parte exterior, hácia la extremidad, se pone un explosor compuesto de un estuche de cobre delgado que contiene fulminato de mercurio. El n.º 2 (fig. 4) representa un cartucho de *rack-a-rock* con su explosor de dinamita, que el n.º 3 (fig. 4) representa separadamente de medio tamaño de ejecucion: cada cartucho tiene 60 centímetros de longitud por 56 milímetros de diámetro. El *rack-a-rock* es una mezcla de benzina binitrada (*dinitro benzola*) y de clorato de potasa.

Estos productos son inofensivos mientras están separados. La mezcla se hacia en una fábrica especial organizada en una roca inmediata, la *Mill Rock* (fig. 2). Los estuches se llenan de esta mezcla, se la ataca ligeramente con cuñas de madera, y se suelda sobre ellos una cubierta por medio de una aleacion muy fusible que se calienta al vapor, á una temperatura que no exceda de 45º C. Cada cartucho tiene en su base cuatro uñas que sirven para mantenerlo en su lugar.

El explosor de dinamita (figura 4 n.º 3) es un tubo de cobre que contiene dinamita n.º 1; una vez lleno, se tapa la boca, sumérgese la extremidad en liga, y colócase una cubierta en su extremidad. Todos los cartuchos se sumergen en aceite y pez, rodándolos en arena para impedir su corrosion.

El n.º 5 de la figura 4 representa el explosor de mina cuya posicion en las galerías está indicada en la figura 3: es un cilindro de laton de 18 centímetros de longitud y de 4 de diámetro, lleno de dinamita. En este cohete hay

otro más pequeño, que lleva el cebo eléctrico, y que se llena de fulminato de mercurio. La base del cilindro está ocupada por azufre, en el cual se sumergen los dos hilos conductores que llevan la corriente al alambre capilar de platino. El cohete inflamatorio está cubierto de gutapercha (n.º 4) é introducido en el n.º 5; los dos hilos que sirven para llevar la corriente atraviesan un tapon taladrado. Cada barreno se llena de cartuchos de *rack-a-rock*, reservando su extremidad para colocar un cartucho de

cada cual de dos cartuchos de dinamita idénticos á los que guarnecen las extremidades de los barrenos, y de un cohete de cebo colocado encima. Toda la mina está dividida en 24 circuitos independientes, dominando cada uno de ellos cierta superficie, y comprendiendo 25 cebos inflamatorios; cada cartucho reposa en un travesaño de madera empotrado en las paredes de las galerías.

La corriente eléctrica debe inflamar simultáneamente los 6,000 cohetes, produciéndose la explosion de los cartuchos de dinamita por *simpatía*, y suscitando al mismo tiempo la de los cartuchos de *rack-a-rock*, colocados en el interior de cada barreno. Un total de 40,000 cartuchos, conteniendo 75,000 libras (34,020 kilogramos) de dinamita n.º 1, y 240,000 libras (108,864 kilogramos) de *rack-a-rock*, es lo que ha producido en algunos segundos la destruccion de Flood Rock, habiendo costado la preparacion la bagatela de 5.000,000 de francos.

La explosion se produjo el 10 de octubre á las once y diez y seis minutos de la mañana. La fig. 5, tomada de una fotografía instantánea, sólo puede dar una vaga idea del magnífico espectáculo que ofreció esta maravillosa obra: representa el momento en que las aguas alcanzan su mayor altura; aquellas se elevan en masas irregulares, como si unas gigantescas fuentes, separadas unas de otras, lanzaran á la vez sus enormes

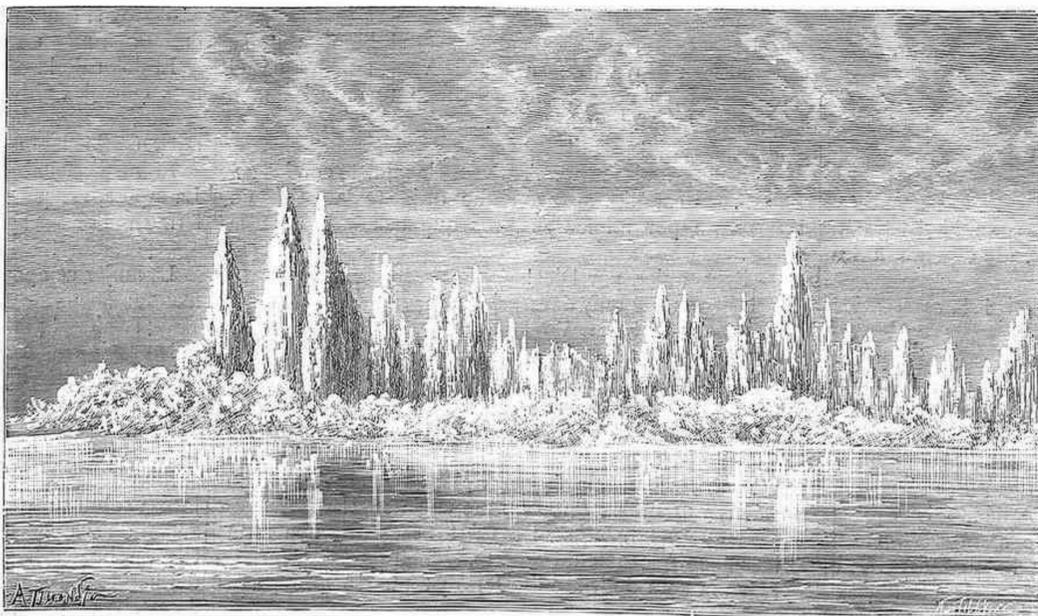


Fig. 5.—La explosion en el momento de la mayor elevacion de las aguas. (Copia de una fotografía instantánea.)

chorros; la masa puesta en movimiento tenia más de 400 metros de longitud, por 250 de ancho y 60 de altura.

En el momento de la voladura oyóse una estrepitosa detonacion, seguida de otra ménos fuerte, pero sin vibraciones sucesivas: Flood Rock habia desaparecido.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON